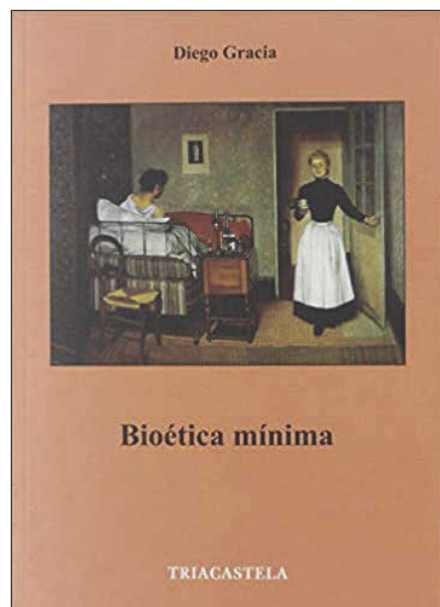


Bioética mínima para decisiones máximas

David Lorenzo Izquierdo

Doctor en Humanidades y Ciencias Sociales
Docente del Institut Borja de Bioètica-URL
dlorenzo@ibb.url.edu



Gracia, D. *Bioética mínima para decisiones máximas*. Madrid: Triacastela; 2019. (Humanidades médicas; 37)

En *Bioética mínima*, Gracia pone su habitual capacidad analítica y su erudición al servicio de lo que, en su opinión, es o debe ser la ética: una ayuda para tomar decisiones, o —mejor— para tomar las mejores decisiones

El libro recoge los textos de cinco conferencias que Gracia impartió en la Fundación Politeia en noviembre y diciembre de 2018. Se estructura en cinco capítulos y una conclusión. Los tres primeros capítulos se dedican a conceptos sobre ética (fundamentos, deliberación...) y los dos siguientes a temas concretos de Bioética (inicio y final de vida).

La expresión «bioética mínima» —comienza diciendo el autor en «Prólogo»— no se refiere a unas normas o principios morales de justicia mínimos para un grupo o sociedad, sino a los temas básicos exigibles en un programa o propuesta ética.

El capítulo 1, «La experiencia moral», está dedicado a desentrañar qué es eso de la moralidad, es decir, el fenómeno de que un ser se pregunte por lo bueno y lo malo. La experiencia moral es la «experiencia del deber» (p. 20) y ese fenómeno es «universal, irreductible y originario» (p. 20). Universal, porque todo ser humano experimenta ese fenómeno. Irreductible, porque no puede explicarse a través de otros conceptos, ‘reduciéndolo’ a ellos: es indefinible. Y originario, porque no es conclusión de un razonamiento sino la mera muestra de un hecho: puede mostrarse, no demostrarse.

Gracia distingue dos niveles o ámbitos en esa experiencia: el nivel formal y el nivel material. El nivel formal se refiere a la estructura de la experiencia en sí, más allá de sus concreciones en una cultura o una persona. Desde el punto de vista formal, la experiencia moral tiene una característica funda-

La expresión «bioética mínima» —comienza diciendo el autor en «Prólogo»— no se refiere a unas normas o principios morales de justicia mínimos para un grupo o sociedad, sino a los temas básicos exigibles en un programa o propuesta ética

mental: se manifiesta en la «obligación». El individuo nota una ‘obligación hacia’ ciertas acciones. Eso ocurre porque el hombre es un ser —como decían Heidegger o Zubiri— de futuro: lo que soy —y seré— depende de las acciones que hago o no hago. La vida está ‘lanzada’, orientada hacia una plenitud, que es, por sí misma, futura.

Afirma Gracia —siguiendo a Aranguren— que esa obligación se concreta en el deber: el deber de realizar una acción en concreto. Este es el nivel material de la experiencia moral: su contenido. Este contenido no es universal, mientras sí lo es la estructura formal de esa experiencia.

En el capítulo 2, «Hechos, valores, deberes», Gracia expone su conocida teoría, ya expuesta y descrita en obras anteriores, acerca de tres conceptos fundamentales de la ética: hechos, valores y deberes.

La vida humana está conformada por proyectos y es, en sí misma, un proyecto. Según Gracia, todo proyecto tiene tres momentos: el cognitivo o intelectual (relacionado con los hechos), el evaluativo o emocional (relacionado con valores) y el volitivo o práctico (relacionado con los deberes). La estructura es profunda, pero sencilla: «Un proyecto parte necesariamente de unos hechos, vuelca sobre ellos juicios de valor y, finalmente, delibera sobre lo que debe o no llevar a cabo» (p. 45).

Gracia señala dos características de los valores que conviene destacar. Por una parte, no todos son objetivos ni subjetivos. Según el autor, los valores no son racionales ni irracionales, son —han de ser— «razonables» (p. 52). Por otra, distingue entre valores intrínsecos (valores que lo son en y por sí mismos) y valores extrínsecos o instrumentales (valores que son tales por referirse o servir de medio a otros, de carácter intrínseco).

En una situación concreta, el individuo, partiendo de unos hechos, detecta unos valores (bienes) en juego y, después de analizarlos, debe realizar la acción mejor, es decir, la acción que realice más y mejor esos valores en juego. «El deber moral —afirma el autor— es solo uno y siempre el mismo: realizar valores, y realizarlos lo máximo posible» (p. 71). Para ello, es necesaria la deliberación, tanto sobre los hechos como sobre los valores y los deberes.

A la deliberación se dedica el tercer capítulo del libro, «La deliberación y sus sesgos». Gracia distingue dos grandes modos o tendencias de deliberar, modos que han dominado la historia de la filosofía occidental: el aristotélico y el estoico. El aristotélico se basa en bienes (en valores), el estoico, en reglas. En el aristotélico, el razona-

miento moral parte de unos bienes en sí (valores intrínsecos) y la deliberación consiste en sopesar esos bienes y cómo protegerlos y realizarlos en una acción concreta. En el estoico, se parte de unas leyes naturales (absolutas y sin excepciones) y la deliberación consiste en aplicar deberes derivados de ellas a las circunstancias concretas. Para Gracia, la verdadera deliberación es la aristotélica.

Siguiendo a Aristóteles, sostiene el autor que la deliberación versa sobre aquello que puede ser de diversas maneras. En sentido estricto, no hay deliberación en matemáticas o en física, pues el objeto de esas ciencias es siempre el mismo y se da de la misma manera, y sus premisas, si se analizan correctamente, generan siempre las mismas conclusiones. La acción humana no es así: admite formas distintas, conclusiones diversas partiendo de un mismo principio, conclusiones en las que no necesariamente hay una correcta y otra incorrecta. La prudencia consiste en la mejor deliberación que nos lleve a la mejor conclusión.

Por esa diversidad y por la dificultad de detectar los bienes en juego en una situación y saber realizarlos, el individuo —como indicó repetidamente Aristóteles— siempre delibera con otros, ‘junto con’ otros. Deliberar es dialogar.

Lo habitual es que en una acción haya varios bienes (valores) en juego y que no haya —o no necesariamente— dilemas, sino más bien «problemas» morales. Una situación dilemática plantea un conflicto entre dos valores de modo que la acción correcta implicará proteger uno y ‘desechar’ el otro: solo una es la acción correcta. Sin embargo, en un «problema», puede haber cursos de acción que no se inclinen por uno solo de esos bienes sino por proteger ambos o equilibrar-

los (que ambos queden contemplados o recogidos). Eso se consigue con lo que Gracia llama los ‘cursos intermedios’ de acción, concepto que el autor ha tratado en obras anteriores. Un ‘curso extremo’ es una acción en la que el deber realiza o se centra en un único bien, en un único valor (el blanco o el negro). Un ‘curso intermedio’ es una acción en la que el deber se centra o realiza, en igual o distinta proporción, los dos (o más) valores en juego.

En los capítulos 4 («El origen de la vida») y 5 («El final de la vida»), Gracia aplica su teoría de la deliberación a dos problemas fundamentales de la Bioética —quizá los más importantes—: el inicio de la vida y el final de la vida. El autor elabora una lista de cuestiones morales en torno a cada uno de ellos: por una parte (cap. 4), aborto, reproducción, anti-concepción y genética; por otra (cap. 5), vejez y envejecimiento, muerte, suicidio, eutanasia y trasplante de órganos.

En dichos capítulos, el autor no pretende argumentar a favor o en contra de las distintas posiciones ante esos problemas, sino mostrar cómo su teoría de la deliberación moral puede ser un instrumento útil para plantearlos correctamente. Gracia distingue los hechos, los valores y los deberes y los cursos de acción derivados de ellos (extremos e intermedios) para ofrecer al lector herramientas que le ayuden a tomar las mejores decisiones.

Esa (tomar las mejores decisiones) es la finalidad última del libro. Y creemos, ciertamente, que la consigue. En Bioética mínima, Gracia pone su habitual capacidad analítica y su erudición al servicio de lo que, en su opinión, es o debe ser la ética: una ayuda para tomar decisiones, o —mejor— para tomar las mejores decisiones.